

ción con que habló Hemingway a Gertrude Stein cuando, en cierta ocasión, la conversación recayó sobre el tema del homosexualismo: "Intenté hacer ver a Miss Stein" —escribe Hemingway— "que cuando se es joven y se está entre hombres debe uno estar dispuesto a matar un hombre, que debe saberse cómo hay que hacerlo, incluso hacerlo realmente para no ser molestado..." El crítico americano se pregunta qué reminiscencias traumáticas de la juventud reviven en el novelista cuando escribió estas líneas. Por el respeto que debe inspirar un gran hombre, sin embargo, no quisiera uno imitar sus métodos de la indiscreción disimulada, prefiriendo renunciar a cualquier clase de presunciones y a un circunstanciado análisis de sus escritos.

La significación de Hemingway como uno de los modernos clásicos de la literatura americana no se verá por esto, en todo caso, disminuida: todo lo más el mito de rudo bebedor y la fábula de su masculinidad, que el mismo difundió y propagó ad absurdum. Por eso y a pesar de todo, "A Moveable Feast" es también una gran obra, al estar escrita por un soberbio narrador. Un maldiciente viejo evoca recuerdos de su juventud en París. Bebe con los vivos y habla mal de los muertos. Por vez postrera se hace sentir la garra del león. Pero produce ya la impresión de haber sido manicurada. ¿O era siempre así, sin que se hubiera notado?

## LAS CIUDADES MUERTAS DEL NORTE GRANDE

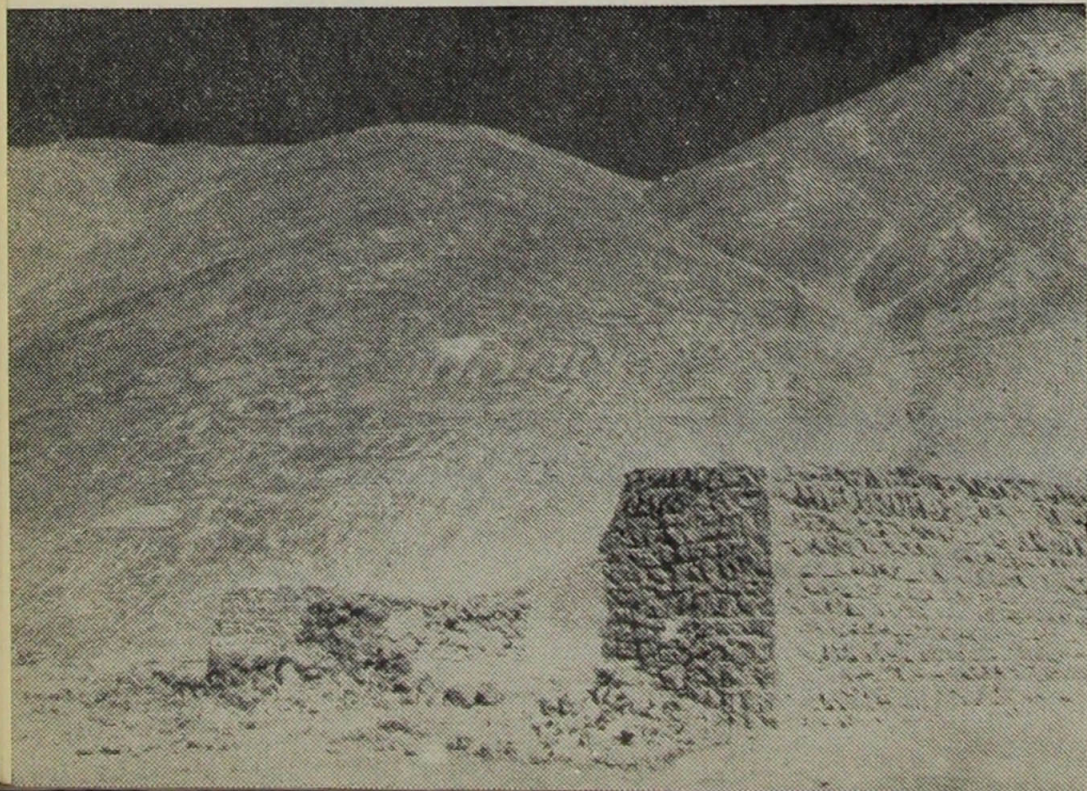
por FEDERICO GARCÍA MORALES

Del Centro de Documentación Social de la Universidad de Chile

Los conquistadores abrieron el Sur del Cuzco para la historia al tomar el camino que llevaba hacia el oro, que remontaba la puna y orillaba el desierto.

Los valles del sur, la explanada de Coquimbo, el Marga Marga y Carelmapu, dieron encarnación material al valor y al señorío. Las oscuras, nunca borradas huellas del desierto, esperaron nuevos ciclos productivos, una nueva civilización de cobre, de hierro y de salitre.

Cerros pintados, en la provincia de Tarapacá. Nótese las inscripciones en los faldeos de los cerros del segundo plano



Primero vino la plata que estaba en Potosí y en Huantajalla. Las arreas de indios para el trabajo del mercurio, los puestos de abastecimiento, los puertos de exportación y llegada, escalonaron su existencia por encima de las rutas oscuras, sobre los tambos y las huacas. Después vino el salitre. La peregrinación de noventa años de algún Almeyda, con sus mulas de agua, de señuelos y muestras. Y José Santos, con su dura ambición, amasándose en Cobija para tomar impulsos y arrestos, y llevar esas largas caravanas que fueron horadando la pampa antofagastina.

Vino la guerra del Pacífico y las tropas siguieron las luces de las oficinas: cada una, una batalla. Llegó el inglés, sus muebles de roble y encina, sus lámparas, sus pianos, su arquitectura victoriana repleta de cuadros exóticos que hablaban de conquistas recientes.

Por esos senderos se escalonaron los cementerios, con sus cruces, monolitos y guirnalda fabricadas de desechos metálicos; las carretas marcaron sus huellas, y sus grandes ruedas labradas en Bolivia, también quedaron atascadas junto a algún riel. Llegó ópera de Europa, y "niñas" del sur y chinos del oriente. Una sociedad se organizó. Soplaron otros vientos en la eco-



nomía mundial, y todo se hundió en la costra salitrosa u oxidada; los huesos se replegaron en el gesto de las viejas momias, esta vez entre crinolinas.

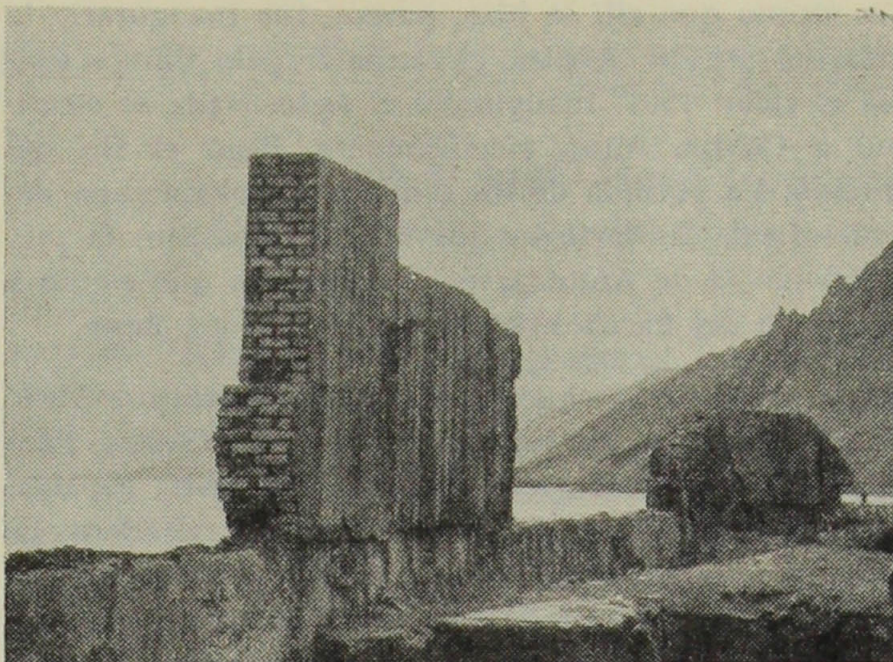
El Norte contiene, sin más, el más tremendo testimonio de la historia de Chile y de los países limítrofes. Y la conserva, a pesar de los historiadores, que no han reparado en lo que allí está, o a pesar de un progreso a veces demasiado ávido. Estrato sobre estrato puede verse "conmorir" tiahuanacos, incas, aventureros coloniales, "particulares", empresas chilenas, inglesas, francesas, alemanas, norteamericanas... oro, plata, cobre, salitre, cantones militares, prostíbulos, petroglifos, tumbas, naturaleza rotunda.

Hay lugares en donde la vista circula hoy entre promesas de ciudades universitarias, empresas pesqueras, crianza de ovejas sobre las viejas minas, casinos, naranjas, limones, comercio. Allí antes hubo algo, y como antiguo dinosaurio asoma su huesera: Huanchaca, el Carmen.

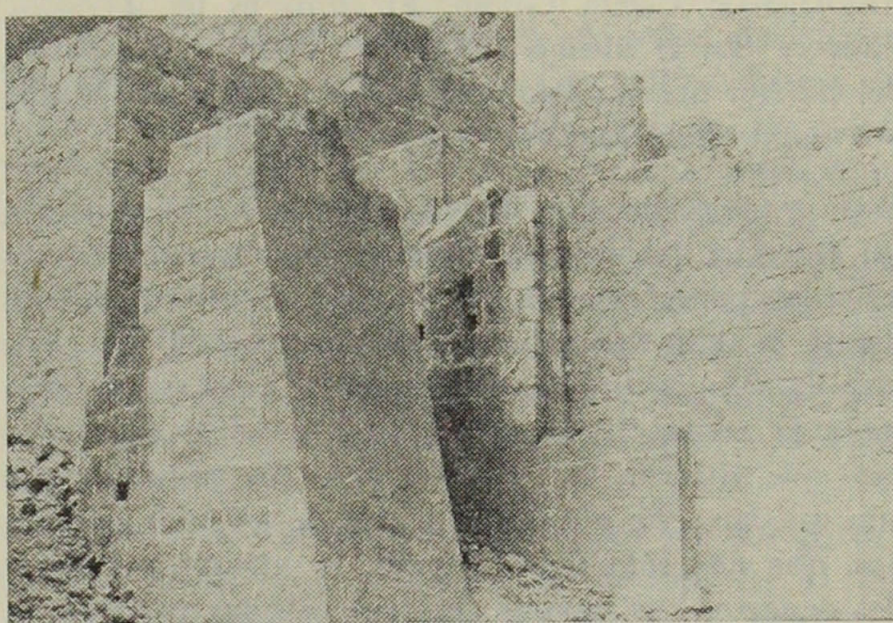
Y en torno crece obsesionante un anillo de cosas muertas. Como hechas por los dedos de algún espejismo. Y es en una mezcla chispeante de espejismo que simulan bahías, ríos cubiertos de cañaverales, que recuerdo a Cobija. El camino desde Antofagasta va rápido, atraviesa frente a los emplazamientos aéreos de Cerro Moreno, deja atrás a Mejillones y luego pasa junto a unas posadas —fuentes de soda— hechas de latas —como las tumbas—, pero aquí hay cerveza alegre y erizos. Después pasamos a través de una garganta donde las rocas, envejecidas por el viento, muestran cuencas: "la Curva de la Muerte". A a la derecha se alza la montaña que cierra el paso al desierto. Pero está cubierta de un suave tejido: los caminos de las carretas de José Santos.

Cobija se extiende abajo. Es una tarde de menhires junto al mar. La bahía es singularmente hermosa. Uno puede imaginar la alegría de los viejos veleros. Desde el mar debe haber sido una gema muy tierna con sus dos brazos rocosos que estrechan al que llega. Se dice que Bolívar, ese gran amador, la prefirió sobre muchos lugares como puerto donde echar las anclas sureñas de su gran ilusión.

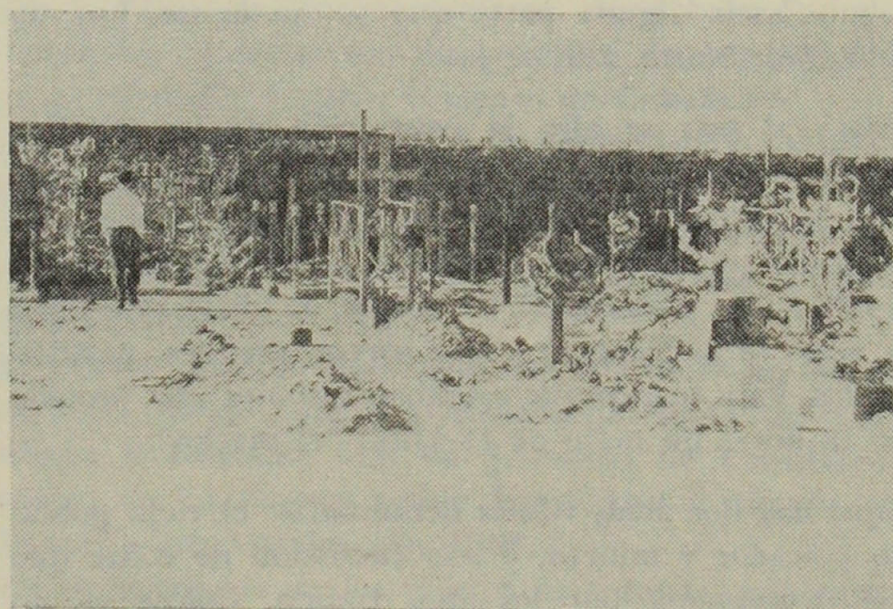
Quedan las calles principales y las murallas de adobe, rodeadas de montones de basura donde se revuelven viejos colchones, zapatos en punta y loza italiana. En la plaza descansan algunas carretas. Miran hacia un muelle. En el muelle hay una banca. No hay rastros de alguna fundición que lanzó sus humos allí hace un siglo. Un incendio terminó con ella. Aquí se casó Santos Ossa, y su primera mujer murió aquí. El cementerio quedaba, por si acaso, a poca distancia.



Ruinas de Caleta Coloso, "El último rincón del mundo", provincia de Antofagasta



Ruinas de Huanchaca en la provincia de Antofagasta



Cementerio de la antigua oficina Humberstone, hoy Victoria



Lo último que allí se hizo, parece, fue inaugurarle la reja del portón. Arriba, el fierro forjado dibuja contra el cielo: 1901. Inauguraba el siglo. Nada se escatimó a Cobija. Aquí, efectivamente, llegó el fin del mundo. La pérdida de los caminos a Bolivia; una decadencia de las fortunas que allí se amasaron; la preponderancia de Antofagasta y Valparaíso que siguió a la guerra del Pacífico. Incendio. Terremoto. Peste.

En el cementerio el saqueador dejó su rastro. Abrió sistemáticamente las tumbas. Y las dejó abiertas. Pero se llevó las cabezas (¿el oro de los dientes?). En una, de más alta alcornia, un distinguido caballero de chaqué está de pie. A su lado está una dama con un hermoso traje celeste de raso desteñido, con primorosos bordados y encajes, pero está clavada, con los pies como una dolorosa V que apuntan hacia nuestra inmisericordia. Sumamos nuestra huella a todo esto y nos vamos.

Un libro extraordinario nos arrastró hacia el sur de Antofagasta: Caleta Coloso. El libro es de Theodor Pliever: "En el último rincón del mundo". La paleta del escritor no escatimó detalles para pintar el reducto por donde doblaban las carretas pampinas.

Yace entre cerros que dan a pique sobre el mar. En un extremo, la montaña muestra figuras monstruosas labradas por el viento, en el otro, el cementerio de piedra y algas de algunos pescadores perdidos... Coloso es sólo la huella, así como la huella que deja sobre la arena el pie de un niño, de siete mil hombres que vivieron allí, que cruzaron los umbrales que aún quedan, que miraron a través de cristales quebrados, que hoy sólo tienen encima el aliento polvoroso del desierto. Los montes gravitan con sus marrones y rojos, y muestran quebradas, como bocas desde donde, parece, ha escapado el tiempo.

Uno ve allí la huella de las carretas del mineral antiguo, y siente en las orejas el trote de las mulas. Para seguir hacia alguna parte que ya no existe, hay un monolito: Norte, Sur, se lee.

Junto al mar se alza la frustración de los muelles. Las paredes de bodegas que ya nada contienen. Que sólo desgarran un cielo siempre cubierto de nubes cruzadas por nervios de luz que van a tejer en el mar un combate de puñales. O de corvos, se diría por aquí. A veces se encuentran viejos corvos, grandes, pesados, raídos. Para manos que cargaban durante una jornada de 18 horas un mazo de 13 kilos: "el macho".

Aquí hay dos áreas vitales delimitadas: el viejo poblado pescador y minero, y una fundición de cobre que fue desmontada por los años treinta. Coloso ya no hace promesas. Me traje una astilla de vidrio de ven-

tana y un trocito de lona: de esa que vino sobre la mesana de algún "línea P".

De regreso a Antofagasta pasamos a ver el Huachipato de la plata que fue Huanchaca. En torno a sus ruinas, muy poco gloriosas, la Universidad Católica construirá su ciudad universitaria. Ya se realizan labores para dejar estéticamente habilitado el lugar.

Marx, en el Capital (t. I, p. 100, ed. F.C.F.), cita la inversión en la plata, en la coyuntura en que se lanza Huanchaca, como hecha a fondo perdido. Pero los que la levantaron seguramente no leyeron nunca Das Kapital. Alcanzó a funcionar sólo 10 años. Es tan absurda que algunos la creen un castillo medieval, o resto de civilización más vieja. El fracaso sería el mismo. Pero comprometió, en uno de sus últimos estertores, a lo más granado de la burguesía chilena.

Hay que ver el Norte Grande como el lugar en donde el hombre trabajó. Y su esfuerzo no se consumió sólo en los puertos de embarque o en usinas costeras. El trabajo grueso y la vida grande estaban adentro, en la pampa, en las costillas de los montes.

Camino a Oficina Victoria, desde Antofagasta, hay cientos de kilómetros rebuscados, con los terrones trastornados por el calichero. En los campos del sur uno no nota el trabajo que se acumula, el verde y la cosecha borran todo. Acá hay una suma. Y los cementerios acumulan también esfuerzo, y uno no sabe si ellos viven más que las oficinas muertas. Al menos tienen habitantes.

Un viejo minero me contó: "en la noche, en esos tiempos, uno subía a un cerro y decía: 'mira esas luces, allá queda Huara, allá Buenaventura, allá Brac...'. En Pintados, porque es una cadena de cerros cubiertos de grabados prehispánicos, se escalonan distintos niveles productivos, en dura competencia —a barreta y dinamita— por dejar su testimonio al aire. Allí la ambición hizo cosas curiosas: por ejemplo, al extremo de un dibujo indígena similar a una flecha, un explorador cavó y cavó sin comprender que "el tesoro" era un diálogo con el cielo.

La historia de las ciudades muertas del Norte Grande trasciende límites nacionales. Dentro de las fronteras postizas y pasajeras se ha tratado a veces de crear la imagen de culturas autónomas. Pero el material que contradice esto es demasiado grande. Mucho de lo que ocurrió quedará para siempre en el silencio, como si no hubiera sido nunca, pero una investigación cuidadosa y planificada puede dar con muchas claves y respuestas, y algo más definitivo para el saber de nuestro país, que la pseudohistoria de anécdotas "políticas" inertes. Y las ciudades muertas comenzarán así a trazar ligeros hilos hacia el futuro.